

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

CREACIÓN

*Creados para vivir
en la intimidad
del Hogar infinito*

¡Qué feliz es Dios y qué bueno por tener en sí su felicidad y bondad infinitas! Y ¡qué feliz es Dios y qué bueno por haber querido manifestarse como es, y ser yo la parte integrante y receptora de esa manifestación!

¡Qué alegría que Dios, no solamente sea bueno en sí y para sí, sino que haya querido decirlo hacia fuera!

Cuando Dios nos creó, puso en nosotros capacidades inmensas, inagotables, con exigencias de llenuras casi infinitas, porque nos creó para Él, para su posesión, para su gozo.

Nos hizo cuerpo y alma y nos dio capacidades con las cuales pudiéramos llenar la exigencia de poseer que Él puso en nuestro ser.

Es tan maravillosa, tan rica, tan por encima de nuestro pequeño entender la creación del hombre, que tampoco, sin una luz sobrenatural, podríamos comprender su grandeza.

Con las capacidades del alma, el hombre tiene posibilidad de poseer a Dios, de adentrarse en su misterio, de vivir de su misma vida, de saborearle en su mismo gozo, de penetrarle con su infinita Sabiduría, de expresarle con su inexhaustiva Palabra y de amarle en las llamas candentes e infinitas del Espíritu Santo. El hombre, por su vida de gracia, es capaz de vivir la misma vida que Dios vive, en comunicación íntima con la Familia Divina, dentro del seno infinito de la Trinidad: ¡“Entra en el gozo de tu Señor”, en la repletura de ese Hogar eterno, para vivir en familia con el mismo Dios!

Y por eso yo puedo ser feliz con el mismo gozo de Dios, que me creó no para que le viera como a un espectáculo esplendoroso y aplastante, sino para que entrara en su festín a vivir por participación la misma vida que Él vive; para que le contemplara en su sabiduría, llena de gozo y felicidad, llena de penetración y de hondura; y de tanto contemplarle en la intimidad jubilosa de su ser, mirándole en la luz de sus ojos e introduciéndome en sus divinas pupilas, en su mirar eterno, supiera —de saborear—, en un saboreo que es vida, la perfección infinita de la llenura, plenitud, hermosura y riqueza eterna que Él mismo se es en sí.

Al crearme Dios, por una complacencia de su amor y un derramamiento de su bondad, a imagen de su misma perfección y para que le poseyera, me hizo capaz de entrar en la Contemplación sabrosa de su vida y quedar subyugada y arrebatada por la hermosura de su rostro, y así mi ser se transformara en Él. Y entonces, rompiendo en expresión con el Verbo y vuelta hacia Dios, expresara, a mi medida, con la misma Palabra del Padre, su riquísima, eterna e infinita perfección, sintiéndome Palabra, expresión, manifestación jubilosa que necesita cantar, en un romance de amor, al mismo Amor Infinito. Y ante el saboreo de lo que contemplara y expresara, me abrasara en el amor del Espíritu Santo, viviendo así con Dios la misma vida que Él vive en la intimidad de su Hogar.

¡Qué bueno es Dios, que, cuando me creó, su bondad amorosa, en un derramamiento de su donación hacia fuera, me hizo capaz no sólo de conocerle, no sólo de verle, no sólo de contemplarle, sino que me dio posibilidad de mirarle con su misma Vista, de cantarle con su misma Boca, con su misma Palabra, con su misma Expresión, y de amarle con el mismo Amor con que Él se ama; de suerte que pudiera vivir su vida, que es conocerse, expresarse y amarse, en la comunicación familiar y dichosísima de su vida trinitaria!

¿Qué pudo hacer el Creador, por el hombre, que no hiciera? ¿Cómo podrá caber en mente humana que éste sea capaz de entrar dentro de

Dios, de ser Dios por participación, hijo del Infinito y repleto con la repletura del gozo eterno?

¡Qué alegría, qué júbilo para el hombre, que, en el mismo momento de ser creado, se encuentra vuelto hacia su Creador, con unas cavernas inmensas en necesidad de llenura del Eterno! Este hombre, criatura a distancia infinita del Ser trascendente, es creado, no para contemplarle de lejos, no para entrar en su casa como invitado de honor, sino para vivir en la profundidad profunda y recóndita del seno de la Trinidad, para engolfarse y saturarse en sus infinitas perfecciones, para embriagarse en las corrientes de aquel divino Manantial de aguas vivas que embriagan eternamente.

¡Gracias, Señor, porque nos has dado por gracia, por participación, lo que Tú tienes por naturaleza! ¿De dónde a nosotros ser creados para vivir la misma vida que Dios vive, gozarnos en su mismo gozo, saborearnos en su mismo saboreo, cantarle en su misma Canción y amarle en su mismo Fuego? ¿Cómo agradeceremos a Dios lo que ha hecho con nosotros? ¿Qué haremos con su infinito regalo? ¿Cómo corresponderle?

Pues, no sólo nos ha metido en su vida dándonos a participar de su actividad eterna, sino que, además, nos creó para que participáramos de la riqueza de su ser; por lo que puso en nosotros capacidades y exigencias casi infinitas de belleza, de riqueza, de hermosura, de posesión y de amor, que Él nos saciaría con la participación de su riqueza y, así, fuéramos hermosos con su

hermosura, felices con su felicidad y repletos con su repletura.

El hombre, rey e intérprete de la creación

Y también Dios dio al hombre capacidades de poseer toda la creación, por lo que le hizo más perfecto que toda ella; siendo éste capaz de interpretar, descubrir, manifestar y dar sentido a esa realidad esplendorosa que, como manifestación de la perfección infinita, expresa la gloria de Dios.

¡Qué plenitud de matices! ¡Qué inmensidad de riquezas las del Universo! ¡Qué hondura la de su descubrimiento!

La creación entera es un grito que, reventando en perfecciones, expresa algo, en su manera finita de ser, de la infinitud exuberante de la perfección del ser de Dios. ¡Millones y millones de hojitas de los árboles...! ¡Millones de criaturas que, en su canto y en su modo, manifiestan las grandezas del Eterno: el rugido del mar..., la inmensidad de los bosques..., la grandeza del firmamento en su diversidad casi infinita de mundos..., el orden del Universo..., el rugido del viento..., el cántico del pájaro..., la sencillez de la flor..., el esplendor del trueno..., el silbido de la brisa..., el silencio de la noche..., la belleza de la luz...! ¡Todo va expresando, en su modo de ser, en su estilo, la terribilidad del Eterno en su majestad simplicísima de concierto de amor!

La creación tiene en sí la sabiduría del Padre que la hizo tan hermosa, siendo con el Verbo expresión de la riqueza divina, obrada mediante el amor del Espíritu Santo que se refleja en cada una de las criaturitas. Es un grito de expresión y manifestación de las grandezas de Dios. ¡Cómo se refleja en toda ella la inmensidad del Creador! ¡Cómo se manifiestan sus riquísimas perfecciones!

¡La creación entera está gritando: “Dios”, está expresando: “Infinitud”! Toda ella, a lo finito, está cantando al Infinito.

Todas las cosas cantando van la vida de mi Dios; todo en el Verbo expresando, en su infinita Expresión, el inagotable canto del serse de mi Señor...

¡Venga, que canten las flores, el aire con su rumor, el mar con sus ondas bravas...! ¡que vaya todo explicando, en su serse explicación, en su romance de vida, su sola canción de Dios!

Todas las cosas creadas me van cantando a mi Dios. Todo, en su serse creado saliendo del Creador, en un reventón de vida, dice la gloria de Dios.

En toda la creación, fue derramándose Dios en su esplendor infinito, en su poder, en su fuerza, en su belleza, en su riqueza, haciendo de toda ella una explicación cantora que le reflejara.

¡Hombre, creado para dar sentido a la creación, para ser la voz que responda por toda ella ante el Creador...! La creación está en espera de

que tú glorifiques a Dios por ella. Porque Dios, cuando formó las criaturas irracionales, las hizo para el hombre, para su disfrute, para su posesión, para su gozo; y por eso las creó sin voz, sin entendimiento, para que el hombre, siendo voz e intérprete de todas ellas, les diera su verdadero sentido frente a Dios y frente a los mismos hombres.

¡Alma del hombre, tan grande, tan trascendente, creada para el mismo Dios, para poseer al mismo Infinito en el modo que Él se posee y en la manera que Él se vive, teniendo, participando y poseyendo por gracia lo que Él tiene por naturaleza...!

Dios te regaló sus dones de sabiduría, de ciencia, de fortaleza, para que fueras capaz, con el don de sabiduría, de poseerle a Él; con el don de ciencia, de dominar, poseer y dar sentido a toda la creación...; y como fruto de la posesión de Dios y la posesión perfecta también de las cosas, tú vivieras repleto en la paz, en el gozo, en la espera, en la llenura y en la alegría del encajamiento completo de los planes de Dios, frente a Él y a las criaturas.

*Y el hombre vivía feliz
en el encajamiento de la
voluntad divina...*

De esta manera creó Dios al hombre al principio, con estas capacidades casi infinitas fren-

te a Él, y con estas capacidades inmensas, de dominio del entendimiento, frente a la creación. Por eso el hombre, al principio, supo dar a cada cosa su verdadero sentido con la luz del Espíritu Santo que, repletándole con sus dones y frutos, le hacía ser dichoso, sin nada desear, sin nada apetecer, en espera serena y amorosa del día del encuentro definitivo, en luz clara, con la Divina Sabiduría, en su abrazo de Eternidad.

Era tan feliz que, según vemos por el Génesis, Dios bajaba todas las tardes a hablar con él. Con esto, el autor sagrado intenta describirnos la comunicación amistosa, íntima, en que el hombre vivía con relación a Dios. Y nos lo describe, además, cómo estaba entre animales feroces, sin tener que trabajar para su sustento. Vemos también cómo todo lo que Dios hizo para el hombre era bueno y perfecto.

En el encajamiento de la voluntad divina, el hombre era feliz con Dios y Dios se gozaba con el hombre. Este tenía todo cuanto necesitaba, en plenitud. Nada, nada pudo el ser creado por Dios apetecer que el Infinito no le diera por gracia y no fuera a concederle un día no lejano en luz de Eternidad. ¡Y todo era dicha, todo era luz, todo era paz...!

Hasta que un día la mente del hombre se ofuscó ante la misma grandeza que Dios había obrado en él.

*Locura de la mente ofuscada
del hombre al no someterse
al plan de Dios*

Dios hizo ver al hombre lo que Él era en sí, por sí y para sí, como Principio de todo ser, como Increado frente a la criatura, manifestándole: esto soy Yo, esto he hecho contigo. Reconoce que Yo soy de por mí y que tú eres lo que eres de por mí. Todo cuanto Yo tengo, de por mí, en mí y para mí lo soy; todo cuanto tú eres y tienes, de mí lo recibiste como manifestación de mi amor infinito hacia ti. ¡Reconócelo!

Y el hombre miró a Dios, y le vio tan esplendoroso, tan rico, ¡que le adoró! Pero se miró a sí y se vio reflejo vivo de Dios, manifestación de sus infinitas perfecciones; se vio Dios por participación, rey de la creación, dominador, poseedor de ella, feliz... Y, ¡oh locura de la mente de la criatura frente al Creador!, se creyó suficiente, como Dios, y contestó: ¡no me someteré a tu plan!

¡Terrible momento...!, ¡escalofriante...!, ¡incomprensible...!, ¡absurdo...! Con este “no” monstruoso, el hombre había roto los planes de Dios sobre él, como los rompió Luzbel.

Vuelve nuevamente a mirar a Dios y, ¡oh sorpresa!, ¡le ha perdido...! y, al perderle, se ha quedado sin sentido, sin razón de ser. Le busca y no le encuentra, porque con su “no” escalofriante de soberbia suficiente, Dios le dejó solo y, al

marcharse, se fue con todos sus dones, quedando el hombre sin sabiduría, sin ciencia, sin dones, sin frutos, sin gozo, sin posesión del Infinito, ¡sin razón de ser...! ¡Ya nunca podía contemplar con el Padre su infinita perfección...! ¡Ya nunca expresaría con el Verbo la canción infinita del Amor eterno...! ¡Ya no sabría de posesión de Espíritu Santo...! Ha perdido a Dios y le ha perdido para siempre..., ¡para siempre...! ¡Y con Él, lo ha perdido todo!

Este hombre, en la angustia terrible de la pérdida del Bien amado, se vuelve a la creación para pedirle ayuda, y experimenta el “no” de toda ella que le dice: “no te serviré”, y que se le rebela; experimentando que ha perdido su dominio y que, en señal de protesta, no le servirá.

¡Pobrecito hombre...! ¿Qué hará ahora? Porque toda esta creación exuberante, llena de plenitud, de vida, de juventud, se ha quedado en silencio y sin sentido al romper el hombre el plan de Dios; pues ya no tiene quien exprese la perfección de su riqueza, ya que, desde este momento, la mente del hombre ofuscada da a su propia vida y a todas las criaturas un sentido distinto del que tienen.

¡Terrible situación la del hombre!, ¡escalofriante...!, que experimenta que sus propias capacidades, creadas para llenarse con la posesión de Dios y de toda la creación, le exigen, le claman, en torturas insaciables, su llenura; y, desorientadas y torcidas, buscan el amor donde y como no está; buscan la felicidad, la posesión, la alegría,

el gozo, la justicia; pero, al haberse torcido, las llenan contra la voluntad divina; con lo que, en vez de darle paz, posesión y felicidad, le dan amargura, desasosiego y pérdida.

Esto mismo le sucede frente a la creación, que la posee del modo torcido y distinto de como Dios quiere. Y de ahí proceden las injusticias, los pecados, los odios, la desgracia en que nos encontramos frente al mismo Dios, frente a los demás y frente a la creación, por llenar o intentar llenar las exigencias de nuestro ser con aquello que Dios no quiere y del modo que a Él no le agrada.

*¡Qué terrible es decirle
a Dios que “no”!*

Y así el hombre lo perdió todo y para siempre, quedándose “en tinieblas y en sombras de muerte”, buscando, en una sed insaciable e implacable, nuevamente y con nuevas torturas, la llenura de las capacidades que sólo en el encajamiento de los planes divinos tenían su verdadero sentido.

¡Qué terrible es decir a Dios que “no”! ¡Qué irrazonable no reconocer la realidad perfecta de Dios en sí y de Dios con nosotros! ¡Qué monstruoso es rebelarse contra el Amor Infinito, que, en manifestación de donación amorosa y eterna, nos creó para poseerle a Él llenando todas nuestras capacidades casi en infinito, y para poseer todas

las cosas en la verdadera posesión, felicidad y disfrute de todas ellas!

Por decirle a Dios que “no”, el hombre le ha perdido para siempre, ¡para siempre...!; ¡se ha quedado sin sentido!; ha dejado a la creación en silencio y en torturas de muerte; y, como el Cielo se ha cerrado para él, si la muerte le llega en esta terrible y escalofriante situación, se perpetuará en aquel lugar donde los que le dijeron a Dios que “no” se mantienen en ese “no” con todas sus consecuencias, para siempre.

¡¡Qué terrible es decir a Dios que “no”!! ¡¡Qué escalofriante es decir a Dios que “no”!!

¡Qué bueno es Dios, que hizo en mí y de mí tales maravillas...! ¡Qué terrible es la mente del hombre, que dijo a Dios que “no” y con ello lo perdió todo, y para siempre...!